

rioso. Iba, por lo visto, seguro de confundir la incredulidad de su amo con la realización de un verdadero prodigio.

Quedóse el comandante pensando qué pena impondría á la insolencia de su asistente, porque lo había fusilado muchas veces, lo había desollado vivo muchas más, sin alcanzar á corregir su pertinaz torpeza, y dejando el uso de los tirones de orejas para las faltas ligeras, buscaba un ejemplar castigo que aplicarle en los casos extraordinarios.

Mas antes de que diera en el *quid* de la dificultad que embargaba su ánimo, vió iluminarse el hueco oscuro de la puerta por una claridad suave, semejante á la que producen los primeros albos de la mañana.

Detrás de esta sombra, digámoslo así, resplandeciente, aparecía la cabeza de Gil, mostrando en su expresiva fisonomía un gesto intencionado de complacencia y de malicia; y viendo la agradable sorpresa que se pintaba en el adusto rostro del comandante, dijo:

— Señor, aquí tiene V. S. al lucero del alba.

## CAPÍTULO XVII.

### La flor marchita.

En efecto : si la dulce claridad de ese hermoso astro cuya luz se desvanece en el cielo al romper el día puede compararse alguna vez á la belleza del rostro humano, podemos decir que el comandante se hallaba en presencia del lucero del alba.

Pero, entendámonos, de un lucero en cuyos negros ojos relampagueaban los rayos del sol de mediodía y cuya boca se contorneaba graciosamente por el movimiento de una afable sonrisa. El triunfo de Gil era completo, y tenía de ello testimonio seguro, porque había visto disiparse en el rostro del comandante las oscuridades de la ira, como se disipan las sombras de la noche en un cielo que amanece.

La visita inesperada que se le entraba al comandante por las puertas de su dormitorio era ni más ni menos que Rosalía; pero Rosalía más amable que nunca, más graciosa que nunca; en una palabra: más bella que nunca.

Había cierto esmerado descuido en todos los pormenores de su tocado; vestía la misma bata blanca de lunares rojos con que la vimos no hace mucho

en el pequeño jardín de su casa; mas el cinturón con que la ceñía daba esta vez una gracia irresistible al correcto contorno de su talle.

No es posible fijar las reglas del arte maravilloso con que había trenzado sus cabellos; pero es el caso que se alzaban en su frente y caían sobre su espalda con tan sencilla naturalidad, que daban á la particular belleza de sus facciones una expresión á la vez audaz y candorosa. La movilidad de su fisonomía revelaba impaciencia, la palidez aterciopelada de sus mejillas anunciaba temor, y en el brillo de sus ojos se descubría el hermoso rayo de la esperanza.

Desde luego se advertía en toda su persona esa ingenua coquetería de las niñas que empiezan á sentir el deseo de agradar, deseo honesto cuando aún no ha podido corromperlo la malicia.

Realmente se presentaba á los ojos del comandante en todo el esplendor de sus encantos, en toda la gloria de su exquisita belleza, y, si hemos de hablar francamente, no parecía ni insensible ni extraña al efecto que causaba: indudablemente deseaba causarlo, y debemos presumir que se complacía en ello.

Es claro que intentaba ejercer sobre la libre voluntad de su tío la coacción de sus atractivos, especie de *influencia moral* de que las mujeres y los gobiernos constitucionales abusarán siempre que puedan. Este sistema de poderosa influencia hace á los gobiernos corruptores y á las mujeres seductoras.

El hermano de la viuda comprendió que su sobrina iba dispuesta á deslumbrarlo, y debió jurar en el fondo de su pensamiento dejarse vencer por ella: juramento temerario, que Dios sabe á dónde llevará

el curso, hasta ahora indeciso, de los acontecimientos que relato.

Si hemos de juzgar por las señales exteriores que aparecían en la actitud y en la expresión del comandante, no era solamente admiración y sorpresa lo que la presencia de su sobrina le causaba; había también alegría en su maliciosa sonrisa y en sus vivas miradas.

La admiración era natural, pues nunca la había visto tan bella: la sorpresa era muy justa, pues nunca hasta aquel momento la había visto en su casa desde que él la habitaba, y la alegría podía ser muy bien por una y otra cosa.

—Entre V., señorita (le dijo); que yo le advertiré á ese tunante que mi bella sobrina no necesita embajadores para penetrar en mi cuarto.

—No ha sido suya la culpa, caballero (replicó Rosalía). He sido yo la que me he empeñado en que me anuncie; mas prometo la enmienda, y otra vez seré yo misma la que venga á anunciarme.

Esta disculpa y esta promesa fueron pronunciadas con un timbre de voz conmovido, como si lo hiciera temblar el oculto resorte de alguna emoción íntima mal disimulada.

—Eso es (añadió el comandante, cogiendo entre las suyas la mano de Rosalía, blanca, pequeña y suave como la mano de una niña). Tú misma debes ser la que te anuncies: siempre encontrarás abiertas las puertas de mi cuarto. Mas ¿cómo no se te ha ocurrido visitarme hasta hoy?

Rosalía no supo qué responder á esa pregunta, y bajó los ojos, moviendo lentamente la cabeza, á la vez que el comandante parecía sentir que la mano de su sobrina temblaba entre las suyas.

—Bueno (prosiguió diciendo). No me quejo del

abandono en que me has tenido, y cuento con tu enmienda.

—Sí (añadió ella). Pero ¡Dios mío, qué cuarto!... ¡qué desorden!... Aquí un libro, más allá unas pistolas. La ropa tendida por las sillas, la mesa con dos dedos de polvo... el ropero abierto... ¡Y qué cama! ¡Qué tristes son las casas de los hombres que viven solos!...

—¡Muy tristes!—exclamó el comandante, acariciando la mano de su sobrina.

—Entonces (replicó ella), ¿por qué vive V. de esta manera?

Antes de contestar, el hermano de la viuda se detuvo, calculando el alcance de aquella pregunta, que le pareció por una parte demasiado ingenua, y por otra demasiado maliciosa.

—Vivo así (contestó), porque... Vamos, ese es mi secreto.

—¡Hola, caballero! ¿También tiene V. secretos?

—Sí, tengo uno.

—¡Ah!

—¿Te admiras?

—No.

—¿Eres curiosa?

—No debo serlo.

—Ya ves que no eres tú sola la que tiene secretos.

—¡Yo!... Es verdad... También tengo uno.

—Muy bien... Estamos á secreto.

—¿Es V. curioso?

—¡Mucho!—le contestó, oprimiendo suavemente su mano.

Ella la retiró, y fué á sentarse en una butaca que había junto al balcón.

—Vamos á ver (dijo) : V. es un hombre de mun-

do, de esos que han corrido mucho, que todo lo han visto, y que saben leer en el corazón de las mujeres. ¿Quiere V. adivinar lo que pasa en el mío?

—No (le contestó sentándose junto á ella). Prefiero que tú me lo cuentes.

—¡Ah! (exclamó Rosalía.) Eso es muy cruel.

—¡Muy cruel! ¿Por qué?

—Porque hay sentimientos que no tienen palabras, y, si las tienen, yo las ignoro... y, si las supiera, no acertaría á pronunciarlas.

—No necesito yo (advirtió el comandante) el auxilio de las flores retóricas para medir la profundidad de ciertos sentimientos. Cuando ha pasado la vana poesía de los primeros años, nuestros corazones se hacen más positivos, y desdeñan las quimeras por las realidades. Confíame, pues, el secreto de tu corazón... Pronuncia una sola palabra, y ya verás si sé comprenderlo.

Las mejillas de Rosalía se sonrosaron ligeramente; miró á su tío con tímida dulzura, y bajó los ojos, diciendo :

—Es preciso que V. lo sepa, y yo no acierto á explicarme; pero tengo un recurso.

—Veamos (dijo el comandante saboreando las delicias de aquella confidencia). Veamos tu recurso.

—Antes de todo, necesito que V. haga una promesa.

—¿Promesa de qué?

—Promesa solemne de no saber lo que voy á decirle hasta después que yo haya salido de esta casa.

—¡Preciosa criatura! (exclamó el comandante.) Tu recurso es original, originalísimo; pero, en verdad, me parece impracticable.

—No tanto como V. se imagina. Vea V. (añadió, sacando un papel del bolsillo de su bata) : aquí está

mi secreto. ¿Me da V. palabra de no leerlo hasta después que yo me vaya?

—Te doy mi palabra.

—Pues bien (dijo Rosalía levantándose): aquí está todo lo que tengo que decirle.

—Espera (añadió el comandante). Yo también quiero ser original, y voy á darte la respuesta antes de haber leído la pregunta.

Y diciendo y haciendo, sacó una cartera, buscó en ella un papel cuidadosamente doblado, y lo puso en manos de Rosalía, diciéndole:

—Toma: ahí tienes todo lo que yo puedo decirte, y te dejo en libertad de que lo leas ahora mismo si quieres. Mi pensamiento entero se halla contenido en ese papel por medio de un lenguaje sin palabras; en él encontrarás todo mi secreto.

Sintió Rosalía una viva curiosidad, que hacía irresistible el interés que aquel asunto le inspiraba, y desdobló impaciente el papel que tenía en las manos. Examinó rápidamente lo que contenía, y alzando los ojos, miró al comandante, y le dijo:

—¡ Ah! : es una flor.

—Sin duda.

—Una flor marchita.

—¿ No la conoces?

—¡ Ya lo creo! : es un clavel.

—Sí, hermosa Rosalía; es un clavel, en el cual he respirado yo el perfume de tus labios; en esas hojas marchitas he encontrado el dulce aliento de tu boca, porque en ellas palpita todavía un beso tuyo.

La hija de la viuda no comprendía el sentido de estas palabras, no acertaba á comprenderlo, y miraba á su tío con profunda sorpresa.

—¿ Te admira? (prosiguió diciendo el comandante.) Mejor: eso quiere decir que ignoras el poder de tu

belleza, que ha encendido un infierno en mi corazón; un infierno lleno de delicias, que he saboreado esperando el momento más dichoso de mi vida.

Hablando así, se acercó á Rosalía, y quiso asir una de sus manos; pero ella la retiró, retrocediendo, pálida, confusa y aterrada. Por un momento se contemplaron ambos, como si á la vez quisieran sorprenderse en los ojos lo que pasaba en lo íntimo de sus corazones.

La mirada del comandante brillaba encendida por un resplandor semejante al que debe iluminar los ojos de la serpiente cuando atrae hacia sí al inocente pajarillo que aletea aturdido; había en ella esa feroz codicia con que el tigre hambriento espía la presa que va á devorar, anticipándose el placer de devorarla. La hija de la viuda bajó al fin los párpados, como si no pudiera resistir el brillo de aquella mirada, ó como si quisiera contener las lágrimas que se agolpaban á sus ojos. Más que las palabras del comandante, le advertía su instinto de mujer el sentido que ellas encerraban; pero no queriendo todavía dar crédito á lo que acababa de oír, intentó sonreírse, y dijo:

—¡ Bah! Quiere V. burlarse de mí diciendo cosas que no entiendo. ¿ Acaso tengo yo algo que ver con las hojas de esta flor marchita?

Indudablemente hubiera sido más discreto cortar de cualquier modo aquella entrevista, que empezaba á tomar un aspecto grave; pero Rosalía, á pesar del terror que experimentaba, se resistía á creer en la realidad de lo que estaba viendo. Aquello no podía ser más que una broma de malísimo gusto, propia, no obstante, del carácter estrambótico de su tío.

Por lo que hace al comandante, no pareció sor-

prendido ni de la actitud alarmada de su sobrina, ni del candor de sus palabras, porque había recogido en las disipaciones de su vida una experiencia muy triste, y no sabía distinguir entre la astuta malicia de las mujeres disipadas y la inocencia virginal de su propia sobrina. En su calidad de hombre de mundo, se consideraba obligado á dudar de toda virtud, y de nada desconfiaba tanto como de la inocencia de las mujeres; pero más que esta insensata incredulidad cegaba los ojos de su entendimiento la vanidad ridícula, pero indomable, que formaba el fondo de su carácter.

Crejó, pues, que Rosalía, después de haber provocado aquella conferencia, después de haber depositado en sus manos el secreto de su corazón, se hacía de nuevas, cuando menos por pura coquetería. Tenía por cosa segura que aquel corazón de diez y siete años, en el hervor impetuoso de los primeros sentimientos, había caído en la red de sus seducciones. Acostumbrada Rosalía al afectuoso cariño de su madre, á las complacencias del P. Antonio y á la cariñosa solicitud de cuantas personas la conocían, pensó el comandante que debía dirigirse al corazón de su sobrina por otro camino.

«Niña mimada, se dijo; niña voluntariosa, cuanto más imposible le parezca una cosa, más vivamente ha de desearla el día que broten en su corazón los deseos impetuosos. Tentaré primero su amor propio con mi indiferencia, después su curiosidad con mi extraña conducta, y se exaltará su ambición viéndome inaccesible á las pretensiones que me rodean. Conquistarme será para ella un triunfo supremo. Ha de fijarse en mí necesariamente, porque yo he de distinguirme de todos los que puedan aspirar á disputármela.»

Tal fué, en resumen, el cálculo de sus horribles matemáticas; porque, preciso es decirlo claramente, el comandante, desde que vió á Rosalía, concibió por ella un deseo infernal, avivado á cada instante por el fuego de los sentidos. Y permítaseme que añada algunos renglones á esta digresión, ya necesaria.

La marcada indiferencia de Rosalía hacia todos los jóvenes del pueblo que pretendían su cariño, daba al comandante seguridad del éxito de su plan, y se llenó el vaso de sus esperanzas al ver á Rosalía, de la noche á la mañana, cambiar de aspecto, mostrándose con él afable, risueña, cariñosa y hasta tierna.

—¡Bueno! (dijo contestando á la pregunta de su sobrina.) Quieres desesperarme, confundiéndome con un cadete que acabara de salir del colegio. No eres una mujer vulgar; has comprendido lo extraordinario de mi carácter, y, sin embargo, hermosa niña, sigues la rutina, y te propones con deliciosos desdenes afianzar el imperio que ejercen sobre mí tus encantos. ¿Acaso dudas (añadió acercándose á Rosalía) de la ardiente pasión que por ti siento?... Ese clavel lo he arrancado yo con mis propias manos de la maceta en que tú lo cuidabas; te vi un día besarlo, y nada en el mundo me hubiera impedido poseerlo, porque tus ojos han encendido en mi alma la centella de un amor que hasta ahora no he querido confesarte.

Rosalía, atónita, oyó estas apasionadas palabras con terrible espanto; brilló en sus ojos un relámpago de indignación y de vergüenza, y temblaron sus labios descoloridos, como si no se atrevieran á pronunciar las airadas palabras que hervían en su pecho. De repente cubrió el rostro con ambas manos, y rompió en ahogados sollozos, exclamando:

—¡Oh Dios mío! ¡Esto es un sueño!

—Sí (añadió el comandante con tierno arrebató). Un sueño delicioso que empieza á realizarse. ¿No has soñado tú alguna vez esta gloria que ahora inunda nuestros corazones?

Al pronunciar las últimas palabras quiso rodear con su brazo la cintura de Rosalía; pero ella rechazó este intento; dió un paso atrás, é irguiendo la cabeza con soberano enojo, clavó en su tío los ojos cuajados de lágrimas. Mas este movimiento fué rápido; porque, dulcificando cuanto le fué posible la expresión de su actitud y dé su semblante, cayó de rodillas, y juntando las manos en ademán de súplica, prorumpió en estas palabras:

—¡Ah!.... Vuélvame V. el papel que le he confiado; se lo pido de rodillas; devuélvame V. mi secreto.

—¡Tu secreto! (exclamó el comandante.) Está ya en mi corazón, y no saldrá de él nunca.

—No, no,—replicó Rosalía.

—Bien: ¿quieres que te devuelva tu secreto? Sea; pero devuélveme tú el mío.

—Juro no saberlo (exclamó ella): juro olvidarlo.

—Hagamos las paces (dijo el comandante sentándose). Esas lágrimas te hacen más hermosa; pero yo prefiero el fuego de tus ojos y la dulce sonrisa de tus labios.... ¡Vamos!.... Te devolveré tu secreto.

Diciendo esto, le tendió la mano, que Rosalía asió como el náufrago se coge á la miserable tabla en que espera salvarse. Púsose de pie, y miró á su tío con ojos afables y sonrisa agradecida, y antes que pudiera prevenir lo que iba á sucederle, el comandante la atrajo hacia sí, rodeándola con sus brazos.

Aquí empezó una escena muda, una lucha si-

lenciosa, un espectáculo brutal, que el capellán del cementerio no supo describirme ni yo me atrevo á pintarlo como lo imagino.

Luchaban allí dos desesperaciones: la desesperación de un apetito soez, de una vanidad ciega, de una pasión desordenada, y la desesperación del horror, de la vergüenza y de la virtud.

Á pesar de la frenética resistencia de Rosalía, el comandante la sujetó entre sus brazos, la suspendió en el aire, y la sentó sobre sus rodillas. En aquel momento apareció la cabeza de César en el umbral de la puerta, y sus ojos inteligentes vieron la apurada situación en que su ama se encontraba; erizó el lomo, exhaló un ronquido de cólera, y con ímpetu feroz se lanzó sobre el comandante. Éste, sorprendido por ataque tan inesperado, acudió á defenderse del perro, y Rosalía se vió libre.

Pálida, trémula y afligida, retrocedió algunos pasos hasta ganar la puerta, y desde allí, con voz ronca por el terror y por la fatiga, gritó:

—¡César!.... ¡César!....

El furioso animal, que había conseguido clavar sus agudos dientes en el hombro del comandante, que luchaba á su vez por desasirse de tan impetuoso enemigo, se desprendió de su presa al oír la voz de Rosalía, y con los ojos ensangrentados y las fauces amenazadoras, se colocó de un salto delante de su ama, resuelto á defenderla con la ferocidad de un tigre y con la fidelidad de un perro.